

PALABRAS DEL H. AURELIANO BRAMBILA
DURANTE LA EUCARISTIA DEL 22 DE ENERO DE 1996
ANTE EL FERETRO DEL
HERMANO BASILIO RUEDA GUZMAN
EN LA CAPILLA DE LOMA BONITA, GUADALAJARA, JAL., MEXICO

Ayer desde este micrófono que tengo en mis manos se dijeron cosas muy bellas de Basilio. Se dieron testimonios que lo calificaban de entrañable amigo, cariñoso pariente, eminente maestro, fino director espiritual, fiel confidente... Todo esos apelativos son acertados y maravillosos, y por ello hemos de alabar al Señor nuestro Dios, dador de todo bien. Las cualidades humanas y cristianas de nuestro Basilio fueron muchas y muy hábilmente cultivadas...

En esta ocasión, y dentro de la ceremonia final en Guadalajara, en la que le decimos adiós, se me ha encomendado dé mi testimonio acerca de Basilio desde su dimensión de Superior General de los Hermanos Maristas del período 1967 a 1985.

Nada más adecuado que la percepción de esa vertiente de su existencia. Personalmente pienso que ser Superior General de los Hermanitos de María fue la misión de su vida. Para eso había nacido. Desde luego, no hablo del generalato como el acceso al puesto de mayor dignidad ni como el uso del máximo título jerárquico en el Instituto. Esto carecería de hondura y significación existencial, y de densidad evangélica. Me refiero al generalato como a la misión de servicio total y amoroso de cobertura universal a la que Dios tenía destinado a nuestro Basilio. Mi conocimiento de él, fue desde esa perspectiva. Y es el Basilio que se me ha quedado clavado en el corazón. Y ese quiere ser mi testimonio hoy. Les quiero hablar de alguien a quien Dios había pacientemente preparado, equipado, formado para que durante 18 años fuera el sucesor de Marcelino Champagnat, en los momentos enormemente difíciles del postconcilio.

Queridos parientes y amigos de Basilio, queridos Hermanos, si todos nosotros nos preciamos de haber conocido a este hombre como nuestro hermano, nuestro tío, nuestro amigo o

nuestro maestro,.. no dejemos que esa relación hermosísima, pero de alcance limitado, vaya a ocultarnos la gran e inmensa dimensión de este hombre, Basilio Rueda Guzmán, como Superior General de los Hermanos Maristas.

Nuestro Basilio históricamente se sitúa en la línea de los sucesores de Marcelino: Francisco, Luis María, Néstor, Teófano, Estratónico, Diógenes, Leónides, Carlos Rafael, BASILIO RUEDA, Charles Howard y Benito Arbués. Esa serie de hombres encargados de mantener vivo el carisma del Fundador, a todo lo largo y ancho de la Iglesia y del mundo, de aglutinar a los Hermanos en el seguimiento de Cristo el Señor, y en torno de María, en beneficio de los niños y los jóvenes en cualquier situación en que se encuentren. Ocupó el noveno lugar dentro de esa cuadrilla de discípulos señalados de Marcelino.

Charles Howard, quien cooperó como Asistente en el gobierno de Basilio y luego le sucedió como Superior General, vive todavía, y le vendrá a despedir mañana en el sepelio de la Ciudad de México. Benito Arbués, Superior General actual, que se encuentra en África en estos momentos en una Reunión muy empeñativa con los Hermanos de ese continente, y que ha enviado al sepelio a su representante personal, el Hermano Vicario General, Seon Sammon.

Me es muy reconfortante señalar que pocos días antes del fallecimiento del Hermano Basilio, Benito Arbués hizo un viaje exclusivo a Guadalajara para pasarse cuatro días con nuestro Basilio, cancelando todo compromiso en Europa. En cierta manera, en la persona de Benito todo el Instituto estuvo entonces presente esos cuatro días a la cabecera de Basilio. Era de esperarse ese gesto tan fraternal. Bien sabía Benito que el Hermano Basilio podía perfectamente decir refiriéndose a los Hermanos todos del Instituto, lo que un día les dijo Marcelino: “Los llevo a todos muy hondo en mi corazón”, y que los Hermanos del Instituto de los años 1967 a 1985 de todas las lenguas y razas podían responderle: “Basilio, también nosotros te llevamos en el corazón. Dejaste una huella inmensa en nuestro ser.”

Me encontraba yo en Roma, pocos días antes de la celebración del XVI Capítulo General, llamado, por su importancia, de renovación. Y que por su envergadura duraría dos años.

Platicando con un Hermano Asistente General, quien había sido mi superior en épocas pasadas, y que tenía todas las simpatías para ser elegido Superior General, acerca de su casi segura designación, recuerdo que me dijo con gran sencillez marista y con hondura profética: “No, Aure, tú me conoces. Soy alguien muy dotado para el gobierno. Sólo que yo necesito puntos de referencia seguros, algo así como carreteras trazadas o rieles tendidos por donde hacer avanzar con gran empuje el convoy. En estos momentos tan difíciles que vive la Iglesia del postconcilio, se requiere un hombre que sepa viajar en el mar agitado de las ideas y conduzca la embarcación a puerto seguro sin cartas claras de navegación, sin puntos de referencia inamovibles...” Después de la elección, este clarividente Hermano, presentaba a todos los habitantes de la Casa Generalicia, al nuevo Superior General: el “petit mexicain”, nuestro Basilio Rueda.

Todavía recuerdo que ese día, cuando pasamos personalmente a “felicitarlo”, me dijo, con lágrimas en los ojos, “Pida por mí al Señor, que me ayude...”. Sí, Basilio, conmovido hasta lo más hondo de su ser, empezaba la misión de su vida, aquella para la que había nacido: conducir la barquichuela de Champagnat durante 18 largos y cruciales años de su historia, en un mar agitado y turbulento. La petición de oraciones al cielo, no era retórica, ni emoción del momento.....

Vaticano II tenía dos años de haberse terminado. Ese Concilio tan trascendental en la Iglesia de Dios. Irrupción del Espíritu Santo que sobrepasó toda comprensión, en ese momento y hasta la fecha. A tal grado que varios obispos (aún de los participantes del Concilio), muchos sacerdotes y religiosos, e infinidad de seculares no han podido hasta el día de hoy, treinta años después, asimilar todo lo que en él se dio y lo que desde ahí se nos pide.

Entre otras muchas cosas este Concilio pidió la renovación de la vida religiosa. Pero renovación a fondo, no simple operación de maquillaje. Yendo a lo esencial y dejando de lado lo que sólo era polvo adherido de contextos culturales de épocas pasadas. Esta renovación se enuncia pronto, pero su implementación concreta conlleva enormes dificultades. En general, los humanos somos especialistas de lo accesorio, pero no de lo esencial. Este era un momento crucial. Había que generar una gran cantidad de reflexión. Filosofar sobre la vida

religiosa. Comprender la Iglesia hoy, y su respuesta al mundo de hoy. Irse a lo esencial del carisma marista. Escudriñar las intuiciones originales del Fundador, para desde las genuinas actitudes fundacionales dar respuesta a los problemas de hoy.

En esta magna operación, Basilio echaría mano de todo su ingenio. Aprovecharía hasta lo último todos los recursos que le fueron otorgados por la Providencia. Su formación humanística, su contacto con la juventud, su pertenencia al Movimiento eclesial “por un mundo mejor”, su contacto desde la dirección espiritual con variadísimo tipo de personas, su haber sido encargado de formación permanente desde los niveles de segundo noviciado... En una palabra, toda su vida quedaría direccionada y hábilmente utilizada para dar cumplimiento al gran encargo: renovar la vida marista desde el carisma de Marcelino...

Propulsaría como nunca se había hecho antes el estudio del Patrimonio Espiritual Marista. Establecería centros que se abocasen exclusivamente a ello. Dedicaría Hermanos de tiempo completo a ese trabajo de investigación y difusión... Se empeñaría en engendrar un movimiento atento a las fuentes, para generar una mística que dinamizase e hiciese resaltar lo fundamental...Dentro de esta área del patrimonio marista favoreció la unión cordial, aunque no jurídica, de las diversas ramas de la Sociedad de María,: Padres Maristas, Hermanas Maristas (como las que se encuentran ahora en esta capilla y que trabajan en nuestra ciudad de Guadalajara desde hace años), los Seglares Maristas, las Hermanas Misioneras Maristas (de Françoise Perroton) y nosotros los Hermanos Maristas. En combinación con los superiores generales de esas entidades estableció la fiesta de la Familia Marista, que conmemora el acontecimiento de las promesas de Fourvière de 1816.

Se dedicaría, hasta los límites de la extenuación, a predicar retiros y conceder entrevistas a miles de Hermanos, para tenderles una mano en medio de tanta desorientación y confusión...Las fronteras de lo esencial y lo accidental, sin malicia de nadie, se habían desdibujado... El soplo del Espíritu venía a hacer nuevas todas las cosas, construyéndolas desde su esencia incambiable. Y ahí estaría Basilio, yendo de un lado al otro, incansable: cursos, congresos, encuentros...Y siempre partiendo de la realidad concreta, mediante el uso meticuloso y exhaustivo de encuestas: “Dejemos que la realidad nos diga todo lo que tenga

que decirnos” solía decirnos con frecuencia, parafraseando al filósofo español.

Maravillosamente supo aprovechar la plataforma de las Circulares de que dispone un Superior General. Sus Circulares fueron magistrales, voluminosas, llenas de ideas, como lo requería el momento difícil, donde hacían crisis no precisamente las costumbres sino las mentalidades.

“Llamadas del mundo y de la Iglesia al Capítulo General” fue la primera de ellas. Contenía lo medular de la misión de un Instituto: dar respuesta a Dios que habla a través de la Iglesia y de la humanidad toda. Con esto priorizaba la misión como respuesta de la vida religiosa marista a la Iglesia y al mundo. La dio al Instituto en varios tomos, en él era como una especie de ansiedad el que comprendiésemos la trascendencia de la coyuntura: se trataba nada menos que, o de saber dar esa respuesta, o de dejar de existir por inutilidad.

“La Obediencia”, otra de sus circulares. La obediencia al Espíritu por parte de la Iglesia, del Superior religioso. La importancia de la mediación. Lo vital del diálogo en el ejercicio de la autoridad y en la práctica de la obediencia. Lo imprescindible de una mediación mediada. Esto es, de una autoridad obediente, pues “obedecer a un desobediente específicamente en lo que está desobedeciendo es en realidad desobedecer.” Esto lo decía en relación con superiores eclesiásticos o religiosos que desoían al Concilio e intentaban hacer prosélitos de esta actitud entre su grey o su comunidad, bajo pretextos aparentemente piadosos.

“La Comunidad”, otro tema fundamental abordado por Basilio. Desmitificó la comunidad negándola como un lugar de felicidad “hallada” y presentándola como una tarea a realizar, ayudados por la gracia. “Ella no es suma de egoísmos, sino suma de donaciones”, proclamaba. Comunidad abierta, y con conciencia de tener una misión. Fue él, el primero en expresar la idea de la espiritualidad apostólica marista, que luego su sucesor, Charles Howard, va a retomar con tanto brío y va hacer llegar hasta el Capítulo General XIX que le dedicará todo un documento.

“La Oración”, elemento clave al que le consagró páginas muy bellas, retiros especiales, y

todo un movimiento en el Instituto. Comprensivo, pero certero, solía interpelarnos: “Hermano que me dices que no tienes tiempo para orar, déjame decirte que no es tiempo lo que te falta, sino amor”. Mucho insistió en lo fundamental: la oración está más allá de las “oraciones”, no se agota en ellas. “Orar es pensar en Dios, amándolo”, sentenciaba, con la gran Teresa de Avila. “Nada nos hará más sensibles al mundo y a sus necesidades que ver con la retina de Jesús. Y para esto tenemos que llevarlo en la mente y en el corazón, hemos de hacer nuestros sus sentimientos y sus actitudes. El Instituto ha de llegar al pobre por este camino, desde Jesús y con Jesús....”

En **“El espíritu del Instituto”**, fue magistral y audaz. Analizó nuestras virtudes tradicionalmente características de humildad, sencillez y modestia. Denunció con fuerza profética las adulteraciones y los sucedáneos de esas hermosas virtudes. Y dio un rotundo “no” al poquiterismo y al autoapocamiento en nombre de la humildad, o a la simplonería y al “ahi-se-vaísmo” en nombre de la sencillez, o la autocastración apostólica y al ausentismo eclesial en nombre de la modestia.... El material de esta circular sigue siendo válido como denuncia y como anuncio. Se trata de buscar la fuerza que dan esas virtudes maristas cuando son auténticas, pues permiten entonces, como en el Fundador, todas las audacias en la fe y la esperanza.

“Un nuevo espacio para María”. Una circular donde Basilio, sin pretenderlo, nos descubrió todo el secreto de su dinamismo, que era profundamente mariano. Poseía una excelsa visión de María desde un apasionado cristocentrismo. Su Circular fue una puesta al día de nuestra devoción mariana desde los parámetros certeros de Vaticano II. En su elaboración invitó a todos los Hermanos a que le enviaran testimonios de lo que María había representado para ellos. Esta fue una Circular conjunta, escrita por el Superior General y los Hermanos. Era el alma colectiva del Hermanito de María que se expresaba acerca de quien “lo ha hecho todo entre nosotros”, a nivel institucional e individual.

“La Fidelidad”. Densa circular, por su tema y por su tamaño. El tema lo ameritaba. Los recientes acontecimientos a nivel Iglesia e Instituto lo aconsejaban. Ser fieles a Dios, a la Iglesia, a la Humanidad, a uno mismo.... ¡No podemos fallarle a Dios! El, aunque

omnipotente, cuenta con nosotros, y a pesar de todo. Esta Circular fue su testamento, su canto del cisne. Vino al final de su segundo y último período de gobierno. Estaba hablando el hombre fiel, “que estaba quemando su vida por el reino”. Que había dejado su salud regada por el mundo, a jirones: en retiros, entrevistas, viajes, congresos.... Tocaba el punto medular: ser fieles a Dios, ser fieles al Espíritu en esta época posconciliar.... Y pensando que todos vivíamos la fidelidad y en la fidelidad, nos volvió a invitar a que escribiéramos junto con él esa circular. Los testimonios en ella abundan y son de una hermosura y un realismo conmovedores. ¡Dios sigue haciendo maravillas en las vasijas de barro y desde ellas!

Y ya para terminar su mandato de 18 años, lo estructura todo para que el Capítulo General XVIII le dé a su sucesor y a todo el Instituto el punto de referencia seguro para seguir caminando por las rutas de la vida: las Constituciones. Y será Charles Howard quien al recibirlas y presentarlas al Instituto, ya como nuevo Superior General, consciente de toda su transcendencia, hará una magistral descripción de dicho documento, que encierra de manera privilegiada la expresión escrita del carisma de Marcelino encarnado para nuestro hoy, postconciliar y actual:

“Tengo sumo gusto de presentaros el texto de nuestras Constituciones y Estatutos, en su forma definitiva; texto que significa, a la vez, meta y punto de partida... Al leerlas, al orar con ellas en privado o en comunidad, descubriremos sus riquezas; al mismo tiempo, adquiriremos, o afinaremos, los rasgos peculiares de nuestro rostro de Hermanitos de María - rostro único en el pueblo de Dios - y lo haremos atractivo, especialmente para los jóvenes a quienes nos dedicamos. Que María, nuestra Buena Madre y Primera Superiora, sea nuestra inspiración y recurso en la vivencia de las Constituciones y Estatutos para que, superando todo legalismo, podamos cumplir el objetivo de nuestras vidas: amar y hacer amar a Jesucristo.”

Y así, la misión del “petit mexicain”, como Superior General, había terminado. Dieciocho años de navegar sin punto de referencia fijo, llevar la barquichuela marista con la mano amorosa en el timonel y la vista en la estrella de la mañana, henchidas las velas de la fidelidad al soplo del Espíritu y a la mística genuina de Marcelino, atisbando lo prístino de sus intuiciones

originales. Había cumplido la misión de su vida. Lo que vendría después sería importante porque indicaría su sencillez marista de vivir dejando el espacio totalmente abierto para que gobierne el siguiente.

A su regreso a México, se le encargó de animar a la familia marista, pues siempre creyó en el seglar. Y luego, se le puso a la cabeza del noviciado para que transmitiera el patrimonio marista existencialmente, formando el corazón de los novicios, “sus novicios”, a quienes quiso enormemente, a lo Marcelino. Estoy seguro de que estos, a medida de que avancen en la vida religiosa irán cayendo en la cuenta de la talla del hombre que estaba entre ellos, con tanta sencillez. Echarán entonces de menos, no con poca nostalgia, el haber sido testigos privilegiados, en directo, de la grandeza de los sencillos y de la sencillez de los grandes....

Basilio, todo mi conocimiento de ti brota desde tu misión de Superior General. Gracias por haberla vivido con tanta fidelidad y clarividencia. Quiero terminar aplicándote las palabras que dijera Francisco de Marcelino aquel 6 de junio de 1840 “Hemos perdido en la tierra a un amigo, a un consejero, a un consolador, pero hemos ganado un poderoso intercesor en el cielo”. Ahora que estás gozando de Dios, junto al Maestro y Señor Jesús, ve con Marcelino hasta donde María y háblenle del Instituto que tanto aman, y de todos nosotros.